

lución. En contra de la opinión de Lenin, había que defender la «integridad del Imperio ruso en cuanto territorio revolucionario», es decir, como campo de acción común del proletariado de las distintas naciones bajo el mismo yugo.

Por el contrario, con respecto al llamado «problema de Oriente», Rosa Luxemburgo va a defender justo lo contrario. Sin que, como señala Georges Haupt en un agudo ensayo sobre el tema (2), haya en su postura incoherencia alguna. Pues si en el último caso, es partidaria de la autodeterminación de los territorios balcánicos bajo dominación otomana, es porque allí los movimientos nacionales contribuirían positivamente, en su opinión, al desarrollo del capitalismo y, como consecuencia, al del propio movimiento obrero, casi inexistente. Es decir, que en ellos anidaba el germen de una futura revolución socialista, imposible sin el surgimiento de ese proletariado.

En cualquiera de los casos, Lenin iba a defender, por el contrario, el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Según el gran revolucionario bolchevique, el proletariado ruso debía luchar contra todo nacionalismo y, en primer término, «contra el nacionalismo ruso». Pues sólo se podían llegar a la inevitable fusión de las naciones, que él veía como meta del proceso revolucionario socialista, «a través de un período transitorio de liberación de todas las naciones oprimidas», de igual manera que «la humanidad no puede conseguir la abolición de las clases sino mediante un período transitorio de dictadura de la clase oprimida».

También para Kautsky, Rosa Luxemburgo subestimaba excesivamente el sentimiento nacional. Para el teórico socialdemócrata, la comunidad de lengua representaba «un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas del movimiento obrero en un Estado». Claro que el propio Kautsky advertiría también en otra ocasión contra los excesos nacionalistas, que podían ser «un combate de retaguardia de una burguesía en declive».

La cuestión —apenas la hemos esbozado— es evidentemente compleja, y las opiniones sobre la importancia de los dos momentos: el nacional y el de clase, pueden variar en

función de las circunstancias. El gran mérito de Rosa Luxemburgo, es el de haber sacado la cuestión nacional del cielo de las abstracciones y haberla inscrito en el desarrollo histórico real: haber demostrado, esto es, cómo la creación de Estados nacionales puede atomizar y neutralizar al movimiento obrero, en algunos casos, y cómo en otros, puede, por el contrario, acelerar su liberación. ■ JOAQUIN RABAGO.

EL DARWINISMO EN ESPAÑA

Diego Núñez continúa sus estudios sobre el pensamiento en el XIX español. Habrá que congratularse de ello. No es frecuente abordar estos temas desde la perspectiva socioeconómica y con la claridad y rigor que le son habituales. Ya lo observamos en su anterior obra **La mentalidad positiva en España, desarrollo y crisis**. Planteaba en ella la significación del pensamiento comtiano en España, partiendo de su recepción en el idealismo krausista y la utilización que, de este positivismo científico, hizo la burguesía de la restauración. Estudiaba igualmente el resurgir del kantismo y la presencia del evolucionismo en el pensamiento español decimonónico, así como el nacimiento de la sociología y sus principales direcciones. Proyecto ambicioso como puede observarse, pero perfectamente conseguido. Nos dio con él un apreciable panorama de las principales direcciones del pensamiento filosófico y científico del siglo XIX en España.

Hoy quiero hablar de su segundo libro: **El darwinismo en España**. Consiste en una antología de textos con un estudio preliminar que nos introduce de lleno en la problemática, que la recepción de la teoría de Darwin —tema conflictivo ya tratado en parte en el libro anterior— ocasionó en la polemista sociedad intelectual de nuestro fin de siglo.

Los textos vienen agrupados en cinco apartados muy inteligentemente dispuestos, que nos permiten aproximarnos a la realidad viva del momento que presentan. Vemos en breves, demasiados breves, fragmentos desfilan las principales posturas ante el hecho darwinista. De-

fensores: un Antonio Machado, un Peregrín Casanova. Contrarios: Cánovas del Castillo y el conocido Fray Ceferino, entre muchos otros, y las palabras conciliadoras y sabias, desde posturas liberales, de Manuel de la Revilla o Gumersindo de Azcárate o Sanz y Escartin. No podemos dejar de pensar ante estos nombres, en la famosa segunda polémica de la ciencia española. Siempre el mismo problema del ser español: novedad versus tradición. Razón y ciencia enfrentadas al saber teológico y metafísico que, las más de las veces, es sinrazón y oscurantismo ancestral.

El segundo apartado se refiere a tres acontecimientos polémicos, llamados así por el mismo autor. La presentación en Granada a cargo del catedrático Rafael García y Álvarez en el discurso de apertura del curso 72-73... y la inmediata condena por parte del catolicismo oficial. El arzobispo de la misma ciudad, doctor Bienvenido Monzón Martín y Puente, se apresura a declararlo herético con el asenso de «cinco teólogos sinodales de conocida ilustración». El texto, muy significativo, manifiesta que en el discurso mencionado «se contiene una reproducción de antiguos y modernos errores, condenados por la autoridad infalible de la santa Iglesia católica, **quien únicamente se confió la misión de enseñar al hombre la verdad saludable, mostrándole su origen y su destino...**» (1).

Del mismo modo nos hace partícipes de las conclusiones del I Congreso Católico Español. Menos mal que en uno de los fragmentos recogidos se nos advierte que «en el Congreso Católico que se ha celebrado en nuestra patria, las cuestiones más urgentes no eran las científicas, sino las relativas a conclusiones prácticas de conducta de los católicos...» (2), porque si hubieran sido científicas habría que lamentarlo. Según Rodríguez Carracido, uno de los participantes, el cardenal Ceferino González condenaba «sin piedad todas las investigaciones paleontológicas referentes a la prehistoria y protohistoria...» (3). Este era el tono del citado Congreso, reforzado por la curiosa ideología de «la Unión Católica». «El resultado visto está. Ha quedado

(1) D. Núñez. **El darwinismo en España**. Ed. Castalia. Madrid, 1977, p. 201. El subrayado es nuestro.

(2) D. Núñez. **El darwinismo...**, p. 221.

(3) D. Núñez. **El darwinismo...**, p. 223.

(2) En el excelente número monográfico dedicado por *Materiales* a Rosa Luxemburgo (*Extraordinario* núm. 3).

sentado y probado que la Iglesia y los escritores católicos **tienen gran amplitud de miras y un criterio de tolerancia y de libertad científica...**, siempre que el dogma y la fe y la verdad cristiana no padezca el más mínimo detrimento» (4). Naturalmente, para la «Unión Católica» y su portavoz Alejandro Pidal, Menéndez y Pelayo era un progresista. Así andaba nuestra intelectualidad católica hace menos de un siglo, pero no es esto lo peor, sino que ahora casi piensa lo mismo.

Termina el segundo apartado con un conjunto de textos dedicados al I Centenario del nacimiento de Charles Darwin, en el homenaje que le hizo la Facultad de Medicina de Valencia. Nombres tan próximos como un Juan Bartual, Peregrin Casanova, el entonces rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, Gil y Morte, reconfortan un tanto el ánimo del atribulado lector. Sobre la actitud de los intelectuales y científicos valencianos hemos de volver más adelante.

Termina la antología con tres apartados no menos interesantes y sugerentes, que no describimos por no pecar de reiterativos, remitiendo al interesado a la propia lectura. Sus títulos: «Darwinismo social», «Darwinismo y socialismo» y, finalmente, «La muerte de Darwin en la prensa». Respecto a las relaciones entre Darwin y Marx sugiero la lectura del artículo del mismo autor en la revista TIEMPO DE HISTORIA número 43, donde destaca la negativa de Darwin a mantener una relación más estrecha con Marx, solicitada por este último. El «peligroso» Darwin teme que se le relacione con el «temible» socialista. ¿No tenía conciencia de las implicaciones de su obra? Su actitud personal, ¿no era coherente con su pensamiento científico? En todo caso, ¿era tan «peligroso» como la retrógrada sociedad española nos hace ver? Las lamentaciones del «novator» Juan de Cabviada a fines del siglo XVII toman nueva vida dos siglos después. Y duele España aún a finales del siglo XX.

Pero vayamos con el autor al «Estudio preliminar». Desde las primeras líneas nos sitúa en el ámbito mental de la segunda mitad del siglo XIX. La herencia de la Ilustración —fe en el progreso—, completada con la teoría del desarrollo histórico, desde el

idealismo hegeliano. «El concepto de temporalidad acaba penetrando, en suma, la cultura europea». Desarrollo, devenir, proceso, evolución, que, por su parte, desde la vertiente materialista, también recogerá Marx. Pero que en otro sentido, venía como anillo al dedo del burgués, que está necesitando hacer su revolución, que está queriendo cambiar el inamovible mundo del antiguo régimen.

Sin embargo, lo que aporta Darwin tiene un matiz específico. Es la base científica, y no sólo desde las ciencias de la naturaleza —la física—, es una ciencia nueva la que apoya las teorías transformistas —la biología— «el impacto biológico invade todos los órdenes del arte y del pensamiento, así como la conducta moral y política» (5). «El darwinismo social y la concepción evolucionista del mundo irrumpe con fuerza como la expresión ideológica y filosófica más característica de la mentalidad liberal» (6).

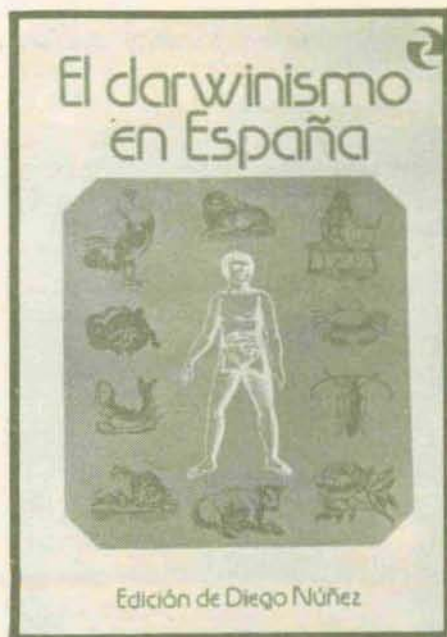
El estudio es denso y no será posible hacer referencia aquí a todas sus implicaciones, pues lo que plantea Diego Núñez es nada más ni nada menos que tres concepciones del mundo que se debaten y pugnan con motivo de la contienda darwinista. La mentalidad teocrática, tradicional, en su tenaz rechazo.

La utilización que se hace del darwinismo por parte de la nueva sociedad liberal.

La crítica socialista a este uso burgués de la teoría nueva.

(5) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 9.

(6) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 10.



(4) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 239. *El subrayado es nuestro.*

Con ello, pasa a describir las coordenadas ideológicas y socioeconómicas españolas en el momento del impacto del evolucionismo. El retraso de la revolución burguesa, la no-industrialización, el correlativo atraso de las ciencias experimentales, el trágico desdoble de la sociedad española, la ausencia de un catolicismo liberal, la falta de tolerancia.

«La polémica darwinista va a desempeñar, en suma, el papel de expresivo catalizador de la polarización ideológica de la conciencia nacional. A través de ella podemos detectar fielmente, tanto el nivel de atraso y endeblez gnoseológica de nuestra cultura como el grado de escisión social en que se encontraba el país» (7).

Sin embargo, una minoría de científicos entró muy pronto en contacto con «El origen de las especies». Era lógico que el estudio de Darwin repercutiese en primer lugar en los físicos y biólogos, quienes por su proximidad científica habiéndose enfrentado ya a aquellos últimos problemas. También es comprensible que, en general, en estos sectores fuese el darwinismo no sólo recibido, sino aplaudido, puesto que proporcionaba si no solución definitiva, un buen avance explicativo. Los real y sinceramente interesados en el saber se congratulaban con las nuevas ideas, las estudiaban y proponían a los demás. No obstante, su progreso encontrará pronto dificultades e impugnaciones, sobre todo por parte de los sectores filosófico-tomistas y clericales, no científicos, aunque también en éstos. Nombres, instituciones y publicaciones van unidas a estos avatares. Podemos destacar en este punto la actitud favorable de la editorial Sempere, más tarde Prometeo, de Valencia, así como la de Peregrin Casanova, catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina, y con él, toda la Facultad. También el homenaje tributado a Darwin en 1909 por la Academia Médico Escolar en la conmemoración del centenario de su nacimiento. Y el que la sección de Ciencias Físicas y Naturales del Ateneo fuera escenario, a partir de febrero de 1878, de un amplio debate sobre un «Examen del darwinismo». La Valencia liberal y republicana se manifestaba a favor de las nuevas ideas y la controversia tuvo amplia repercusión en la prensa. El Ateneo de Madrid, Barcelona, Gra-

(7) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 24.

nada, Santiago serán escenarios de controvertidas discusiones sobre la cuestión, con radicales tomas de postura. Hay que tener en cuenta lo que repetidas veces nos advierte Diego Núñez: «Al margen de su específico status científico, el darwinismo llegará con frecuencia a convertirse en un símbolo más de la escisión ideológica del país». Sus implicaciones filosóficas e ideológicas ocupan el último apartado del estudio con numerosas e interesantes notas, como en el resto, que le convierten en un instrumento muy apreciable para profundizar el tema. Acabamos con una observación suya: «Si durante la República nos vamos a encontrar con más de un liberal que... tendrá a gala pasearse con **El origen de las especies** bajo el brazo... unos años más tarde, en plena guerra civil, no faltarán... quienes pasen más de un susto a causa de sus conocidas simpatías darwinianas tras la guerra... habrá que esperar a los años 60 para encontrar de nuevo ediciones castellanas de las obras de Darwin» (8).

Completa el libro una bibliografía y cronología del darwinismo en España (1859-1900) y un índice de autores y materias.

En suma, una valiosa aportación, tanto en el campo de la historia general como en el de la ciencia y el pensamiento. ■ **MARIA FERNANDA MANCEBO.**

(8) D. Núñez. *El darwinismo...*, p. 43.

BOLIVIA: DEL NACIONALISMO A LA POLITICA DEL GOLPE

La exaltación del nacionalismo en la campaña electoral boliviana de 1978 y ciertas declaraciones atribuyendo al subdesarrollo el origen de los problemas del país, confieren actualidad al libro que aquí comentamos (1). En el volumen se recogen distintos trabajos, y, debe anotarse, que aunque no siempre resulta acertado reunir artículos escritos inicialmente para diversas publicaciones, la obra mantiene unidad, precisamente, por tra-

(1) José Ortega, *Aspectos del nacimiento boliviano*. Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas.

tarse de una serie de textos cuyo núcleo temático es el fenómeno —históricamente aleccionante— del nacionalismo boliviano. El autor agrupa, en los tres primeros capítulos, otros tantos ensayos dirigidos a propiciar un esclarecimiento del origen y evolución de los esfuerzos destinados a forjar una conciencia de identidad nacional. Una valoración de las figuras consulares en esta etapa significativa pasa por el estudio de las ideas y la acción de Sergio Almaraz Paz, de relevante papel en los sectores marxistas de la nación andina.

La consolidación de la idea de nacionalidad ha encontrado en Bolivia, como en otros países de Hispanoamérica, oposiciones de variado signo que se correspondieron con diversos aspectos del proceso histórico de su comunidad. En el caso boliviano, los factores más adversos han sido el cercenamiento de su territorio por países limítrofes y la postergación de las aspiraciones de amplios sectores de la población por la existencia de intereses económicos y políticos que, generalmente, actuaron en sentido contrario a la integración nacional. Muchos son los países de América del Sur que comenzaron a transitar los senderos de la afirmación nacional en la década de los ochenta del siglo pasado. Esta labor, formulada como tarea consciente por los sectores ilustrados de las clases dirigentes, surge en fechas considerablemente tardías lo que se ha explicado, en muchos casos, señalando la existencia de elementos de inestabilidad, como las facciones caudillescas que lograron dislocar con repetida eficacia los mecanismos de poder y decisión que establecían los gobiernos. El problema de Bolivia, con todo, se

encuentra revestido de facetas muy peculiares.

Una oligarquía que controlaba las decisiones políticas, desatendía todos aquellos problemas que afectaban al país a largo plazo, pero en los que no se ponían en juego sus intereses personales. Es así que se fueron produciendo sucesivas amputaciones territoriales, y la salida al mar, asunto vital y fuente de graves conflictos en la política exterior del país, llegó a convertirse en una esperanza cada vez más tenue. Nada de esto era resultante de la acción de una sola fuerza. Junto a la oligarquía local actuaban los intereses de las compañías extranjeras y, entre todos, aceleraron la marginación del indio y tornaron más dura su explotación.

El autor repasa, sucintamente, los antecedentes del nacionalismo boliviano, desde las teorías importadas de Europa por los sectores ilustrados atentos a las doctrinas más recibidas en el viejo continente, hasta aproximarnos al planteo de diversas tesis en las que pensadores hispanoamericanos desarrollaban sus ideas creyendo encontrar el fundamento de una nacionalidad en la raza, el clima, el factor geográfico, los valores típicos del altiplano, etc. Una explicación del momento en que —según José Ortega— hace su aparición en escena el «legítimo nacionalismo boliviano» exige la consideración de los antecedentes históricos, intereses económicos y complicaciones fronterizas que conllevan a la Guerra del Chaco, hasta llegar a la revolución de 1952: «La frustración, el desengaño y el deseo de crear una nueva Bolivia llevó a la joven oficialidad de la guerra, la pequeña burguesía y la minoría intelectual a formar un frente contra los viejos oficiales responsables de la derrota del Chaco, así como a la revalorización de las ideas e instituciones que habían resultado inoperantes durante la crisis de la guerra, la cual unió de una forma vaga e idealista a estos grupos bajo doctrinas socialistas e izquierdistas —iniciadas en la preguerra por Tristán Marof— en una aspiración nacionalista, que habría de culminar con la revolución de 1952».

Esta revolución estaba integrada por grupos de *disímil* consideración política, unificados bajo una enseña: la del nacionalismo. Contó con la participación de mineros, campesinos, proletariado urbano y pequeña bur-

